

PROLOGO

El 29 de noviembre de 1981 se cumplen doscientos años del nacimiento, en Caracas, de Andrés Bello, el sabio chileno, venezolano y americano. En 1810 dejó su ciudad natal para trasladarse a Londres como auxiliar de la misión de la junta que había asumido el gobierno para defender los derechos de Fernando VII, prisionero de Napoleón. En Londres vivió hasta 1829, año en que vino a Chile para asumir el empleo de oficial mayor en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Cada una de las tres ciudades que marcan las etapas de la larga vida de Bello tiene una significación propia. La infancia y la primera juventud caraqueña es el tiempo del estudio y del trabajo en el ambiente indiano: porque era un joven que sabía el francés y el inglés y que prometía mucho por sus capacidades intelectuales es que fue enviado a Londres. Los diecinueve años de la estancia británica son los de la constitución de una familia —dos matrimonios y abundantes hijos— y de su profunda formación intelectual en el estudio del derecho internacional, de la teoría del derecho, de sus agudas investigaciones filológicas y de sus abundantes lecturas en todos los campos del saber de su tiempo. El período de Chile, el más largo, treinta y seis años, hasta su muerte en 1865, es la época de la gran cosecha y del magisterio inigualable, para Chile y para el continente. En Santiago, en 1832, publica su primer libro, los Principios de derecho de gentes. Ese mismo año le es otorgada, por ley especial, la nacionalidad chilena. Una labor incansable, cuyos hitos van señalados por el aparecimiento de sus obras grandes y de sus muchos artículos en El Araucano y en las revistas de cultura y también por su labor en la junta de educación, en la rectoría de la Universidad, en el Senado de la República, y por su actuación como consejero del gobierno en asuntos internacionales y en muchos otros que se estimaban de trascendencia. Su tarea de codificador del derecho civil, lograda a través de un cuarto de siglo, merece un recuerdo especial.

Su magisterio irradia por todo el continente y aun llega a España. Es el reconocido guía en el campo jurídico, en los problemas del idioma, en la educación y en todo el movimiento cultural de las nuevas naciones.

*Bello se vio distinguido en vida por el universal respeto, gratitud y admiración de sus coetáneos. Después de sus días creció ese sentimiento y se sucedieron los homenajes y los escritos en su recuerdo. De éstos, hace quince años, había registrados más de un millar. Dos grandes series de volúmenes se han destinado a recoger su obra en un corpus: *Las Obras Completas* publicadas en Chile, de 1881 a 1893 en quince tomos, y las que, en curso de aparecimiento desde 1951, se trabajan en Venezuela y que ya cuentan con diecinueve volúmenes, eso sin contar otras dos empresas que quedaron en el camino. Cuando la opinión general decide que es el tiempo de publicar obras completas de un autor, eso es conciencia de la perdurabilidad de sus escritos.*

Su estatua en Santiago, esculpida en mármol por Nicanor Plaza, fue erigida por suscripción popular e instalada al cumplirse cien años de su nacimiento. En nuestro país el héroe de las letras por excelencia, que es Bello, es el personaje a quien se ha destinado el mayor número de medallas para honrarlo y es preciso tener presente que Chile es parco en la producción de medallas. También otra vía en extremo eficaz de recordación, propia de este siglo, las estampillas de correo, han recogido varias veces, en nuestro país y en el extranjero, la imagen de Bello.

Se lo ha llamado el primer humanista de América y el maestro por excelencia, y ambas denominaciones son justas. No debo extenderme más, pues a aspectos de su vida y su obra está destinado este volumen.

Para conmemorar el bicentenario de Bello el gobierno de Chile designó una comisión nacional, encargada de establecer y de realizar un programa oficial, en el cual tienen participación directa la Universidad de Chile, el Ministerio de Educación y el de Relaciones Exteriores, la Biblioteca Nacional y el Instituto de Chile. Ese programa está en curso y tendrá su cima en el mes de noviembre.

Fuera del programa oficial se han realizado muchos otros actos conmemorativos: puedo recordar el congreso “Bello y el Derecho”, organizado por el Departamento de Ciencia del Derecho de la Universidad de Chile, con el patrocinio del Instituto de Chile, que creo que fue de gran trascendencia, como se apreciará cuando aparezcan publicados sus trabajos. Ha habido actos especiales en la Universidad Católica de Santiago,

en la Sociedad de Bibliófilos Chilenos, la Sociedad de Escritores, el Pen Club, en el Liceo de Santiago que lleva el nombre de Bello.

En Venezuela, en 1979 y 1980, se han reunido tres congresos de especialistas destinados a poner al día los conocimientos sobre la vida y la obra del sabio: versaron sobre “Bello y Caracas”, “Bello y Londres” y “Bello y Chile” y sus trabajos comprenden cinco macizos volúmenes. En España se ha realizado, en el mes de octubre, una reunión científica con semejante objetivo.

El XV Congreso de la Federación Internacional de Sociedades de Lenguas y Literaturas Modernas, reunido en Arizona, interrumpió por un día sus programas habituales, para destinar el 5 de septiembre, a un “Symposium Bello”, que contó con cuatro relatores y cuatro comentadores, especialmente invitados, entre ellos dos chilenos, el profesor Ambrosio Rabanales y quien firma estas líneas. La Organización de Estados Americanos y la UNESCO han programado homenajes. La Academia Nacional de la Historia del Perú ya efectuó sesiones solemnes con ese objeto. En Colombia, en Costa Rica, Ecuador, Estados Unidos, en fin en todos los países americanos se está recordando a Bello en congresos y en actos académicos y públicos destinados a poner de manifiesto sus valores perdurables. Quiero citar uno que me parece impresionante: el 29 de septiembre, en Boston, el gobernador de Massachusetts ha emitido una solemne y fundada proclamación declarando “día de Andrés Bello” la fecha del bicentenario. También en muchos otros lugares del mundo: en Inglaterra, en Francia, en Suiza, en Grecia, en Israel, en India y en Australia se preparan significativos actos.

La más voluminosa revista de cultura de nuestro país y de reconocido prestigio en todas partes es Atenea, fundada en 1924 por don Enrique Molina como vehículo de expresión de la Universidad de Concepción en los campos de la ciencia, el arte y la literatura. Ya el editor del índice bibliográfico de Atenea, publicado en Washington por la Unión Panamericana en 1955, decía: “A través de sus treinta años de existencia, es factible observar en Atenea una línea de cultura que revela la trayectoria de la mentalidad americana, y que refleja la manera intelectual en que se ha desenvuelto el continente hispanoamericano”. Por lo tanto no es extraño que a través de los 442 números de Atenea los artículos sobre la vida de Bello y los estudios sobre su obra y otros destinados a los campos en que él fue eminente o que constituyeron su preocupación, sean frecuentes

y algunos de ellos constituyan textos de alto valor, que han llegado a ser escritos clásicos. Comienzan con uno de Rodolfo Oroz, en 1930, titulado Andrés Bello como filólogo, que será seguido por toda una serie de estudios del mismo autor, allí publicados, que llegan hasta hoy, a través de más de medio siglo. En 1934 aparecen en Atenea, Hernán Díaz Arrieta con su semblanza sobre Don Andrés y Eugenio Orrego Vicuña con el estudio Bello y Bolívar.

En 1947 se enteró un siglo desde la primera edición de la Gramática castellana destinada al uso de los americanos y tan alto acontecimiento fue conmemorado por Atenea con el importante estudio de Claudio Rosales: Cien años de señorío de la gramática de Andrés Bello.

Son abundantes los artículos acerca del llamado movimiento literario de 1842 que, desde diez años antes preparaba Bello, e incluso se han republicado viejos textos polémicos de Benjamín Vicuña Mackenna y de José Victorino Lastarria sobre la significación del maestro en el desarrollo cultural de Chile.

Uno de los temas de constante preocupación de Bello fue el de la defensa de la unidad de la lengua castellana en América, no en afán de purismo, sino de lograr su desarrollo de acuerdo con su genio y su gramática. En las páginas de Atenea es un asunto que periódicamente revive; sin ir más allá así ocurre en el editorial de hace dos números, titulado Defensa del idioma, firmado por el secretario ejecutivo de la revista, Tito Castillo.

En 1965, al cumplirse un siglo de la muerte de Bello, Atenea destinó un tomo al homenaje, en el que contamos trece estudios, algunos de ellos son de la pluma de Rodolfo Oroz, Pedro Lira Urquieta, Pedro Grases y Guillermo Feliú Cruz, fogueados en el tema y los otros de nuevos interesados en la figura de Bello.

Atenea ha querido una vez más, y dadas sus calidades ello le es propio, conmemorar a Bello, ahora en el bicentenario de su nacimiento y le destina este volumen que tiene artículos, como el de 1965, de conocidos especialistas desde mucho tiempo en las investigaciones bellistas: Rodolfo Oroz, Sergio Fernández Larraín, Manuel Salvat Monguillot, Sergio Martínez Baeza, Alejandro Guzmán, y también como en el anterior, otros de escritores que se han sentido atraídos por estudiar y ahondar en la personalidad y la obra del sabio.

ALAMIRO DE ÁVILA MARTEL
De la Academia Chilena de la Historia